

El Inescrutable Gurudev Shri Swami Sivananda

por Swami Krishnananda

The Divine Life Society Sivananda Ashram, Rishikesh, India

Website: www.swami-krishnananda.org

(Palabras pronunciadas durante la Satsanga de la noche del 22 de enero, 1984)

Auṁ sa ha nāv avatu, saha nau bhunaktu, saha vīryam karavāvahai,
tejasvi nav adhītam astu: mā vidviṣāvahai; auṁ śāntih, śāntih, śāntih.

Debido a que la vida espiritual es un proceso de formación del alma y no una educación académica, fue necesario para los antiguos maestros disciplinar a sus alumnos de formas totalmente novedosas. Estas técnicas no pueden ser fácilmente entendidas, mucho menos apreciadas por el hombre moderno con su visión materialista de la vida, porque ha perdido su alma. Él vive como un esqueleto, como una máquina, un vehículo muerto que se mueve sin un espíritu motivador. De allí que sea prácticamente imposible entrar en el espíritu de la antigua disciplina Upanishádica, por ejemplo, cuando aquellos pocos discípulos escogidos eran entrenados desde lo más profundo de su ser. Esto es lo que significa “formación del alma”. Nuestra misma raíz tiene que ser purificada.

Este proceso de purificación es exactamente *sadhana*. Pero en estos días, nosotros somos mayormente científicos o acumuladores de información — transmisores de curiosidad, experimentadores, observadores. Esta forma desafortunada de visualizar la vida nos ha hecho llegar a este ostensible estado de cosas donde parecemos estar reducidos a la condición de una hoja seca, sostenida por el riego de fuentes externas y mantenida por factores totalmente externos a nosotros. El experimento materialista que tuvo su origen como una filosofía en el siglo XVIII se ha convertido en el único objeto de existencia en los tiempos modernos. Hoy, el materialismo ya no es más una filosofía sino nosotros mismos. Nos hemos convertido en materia, bolas de tierra y autómatas sin vida.

De allí que sea difícil entender las enseñanzas de Cristo, Mahoma Paigambar, Shri Krishna, Shri Ramakrishna Paramahansa o Swami Shivananda. Podemos entender como enseñanzas sólo aquéllo que recogemos en conferencias, sesiones de mesa redonda, mediante el intercambio de ideas y ciertas maniobras fáciles de ajuste social,

lo cual no necesariamente tiene que significar la acción del espíritu del hombre o el alma del individuo.

Estaríamos sorprendidos más allá de nuestro entendimiento si escucháramos las diversas técnicas adoptadas por un maestro tibetano llamado Marpa quien disciplinó a quien sería su gran discípulo Milarepa. Nosotros no podemos entender; podemos incluso estar inclinados con nuestra asumida importancia a juzgar hasta a los grandes maestros como brutos, primitivos empleadores de métodos de entrenamiento educativo, poco familiarizados con el sistema de Montessori o la moderna psicología educativa de formas refinadas de enseñanza. Pero tal asunción de superioridad de nuestra parte sería perder totalmente el punto porque mientras el cristianismo esté bien informado de la doctrina del pecado —la mala naturaleza con la que los seres humanos automáticamente nacen como herederos de Adán y Eva— hay mucho por decir acerca de la dura y empedernida condición irreconciliable de la naturaleza humana con respecto a los llamados de la disciplina espiritual, porque es difícil de comprender hasta dónde el espíritu se ha envuelto en la materia en el caso de gente como nosotros. La profundidad del enredo en la envoltura materialista es en verdad algo impresionante. Es tanta la involucración que prácticamente podemos decir, como mencioné, que nos hemos convertido simplemente en formas tomadas por la materia. Somos cuerpos, más que mentes y almas. Parecemos estar aplicando nuestra mente como una suerte de socio para los llamados del cuerpo, ¿y cuántos siquiera pueden encontrar tiempo para creer que hay un alma en el interior, qué decir de la razón y los procesos mentales?

Pero los santos y sabios no son profesores o maestros de jardín de infantes. Ellos no son los promotores de artes y ciencias empíricas — cívica, ciencia política, matemática y cosas por el estilo. Un santo o sabio es un alma perfecta y, por lo tanto, la disciplina por la que pasó para convertirse en lo que era y lo que es, es también la que estará deseoso por impartir al estudiante receptivo. Las vidas de los santos son tal vez mayor instrucción para nosotros que los libros de ciencia y los volúmenes modernos con los materiales usuales que sirven al cerebro de los estudiantes en estos días.

El aspirante espiritual, llamado *sadhaka*, es un alma en formación. No es como un alumno de escuela o un estudiante del colegio o la universidad. Él no está detrás de una calificación para conseguir algo en el mundo de la sociedad humana, material, social, o económicamente. El propósito de la educación espiritual no es hacer que uno se vuelva apto para conseguir algo en este mundo de arreglos sociales y maniobras políticas. El propósito es totalmente diferente.

Para repetir una vez más, el porcentaje de nuestro descenso en las formas materialistas de pensar, que incluye la forma económica de pensar, es tal que cuando se nos dice que la educación espiritual es un movimiento hacia Dios, puede que lo encontremos gracioso, con un poco de desprecio una vez más por los antiguos métodos primitivos, como los llaman. ¿Cuál fue la educación que los más sinceros aspirantes recibieron de Shri Ramakrishna Paramahansa? Ellos cambiaron completamente cuando entraron en contacto con él. Ya no fueron las mismas personas; fueron dados vuelta, por decir, en toda su constitución y eso es lo que uno puede esperar de los grandes maestros.

El mundo ha pasado por varias fases de la historia y es difícil saber por qué fase está pasando en este momento, porque a juzgar por todas las apariencias externas, no parecemos estar ubicados en tales condiciones y circunstancias benditas donde podemos entrar en contacto con grandes maestros. Tal vez el mundo hoy no puede contener tales grandes almas y se haya liberado mayormente de ellos. No estaríamos lejos de la verdad si decimos que hoy la humanidad es una gran multitud similar a aquellos habitantes de Lilliput, visitados por Gulliver — criaturas pequeñas como hormigas con egos grandes como montañas queriendo usar una escalera para ascender al pie de Gulliver.

La estatura pigmea del entendimiento humano hoy ha asumido tales dimensiones atroces de autocomplacencia y olvido de los valores supremos de la vida que el sistema antiguo de educación no sólo ha sido totalmente perdido de vista en la currícula de los sistemas modernos de enseñanza, sino que ni siquiera se recuerdan esos valores.

Sólo los primeros discípulos de Shri Ramakrishna, los apóstoles que rodearon a Cristo y tal vez los primeros seguidores de profetas y Encarnaciones pueden ser testigos de la gloria del espíritu que se manifiesta en una forma multifacética en los diferentes santos y sabios. Un santo no necesariamente se comporta de la misma forma que otro. Tenemos a los Nayanars y los Alvars, los famosos héroes espirituales nacidos en el sur de India. Se les pondrá la piel de gallina en un arrobamiento de éxtasis inimaginable y consternación si leemos las vidas de estos Nayanars y Alvars, santos Vaishnavas y Shaivas. No eran sólo creyentes en Dios; no eran meros devotos haciendo adoración como cualquier persona religiosa. Es difícil decir qué relación mantenían con Dios. Las palabras no serían adecuadas para explicar la actitud de estos Nayanars y Alvars hacia Dios. Podemos estar satisfechos diciendo que Dios había entrado en cada célula de su cuerpo. Tal vez, Dios estaba danzando en cada partícula de su naturaleza. El poder que ellos ejercieron era divino y trataban a Dios como tratarían a cualquiera. Ellos podían llamarlo como llamarían a un sirviente. No había dificultad en absoluto. La inundación de la existencia de Dios con respecto a sus

personalidades puede ser considerada como una apoteosis de la vida santa. Gauranga Mahaprabhu, Krishna Chaitanya, Shri Ramakrishna Paramahansa son nombres que nosotros adoramos, sin duda. Adoramos a Krishna, a Cristo y a Rama, y adoramos a esos maestros, santos y sabios, pero no podemos, en lo más profundo de nuestro corazón, entrar en lo que ellos eran, en lo que enseñaron y lo que dejaron, y en cómo vivieron.

Se espera que un discípulo no solamente obedezca las órdenes del Maestro sino que participe en su propia naturaleza. Esto es importante. La obediencia de la que se habla no es meramente una actitud de “sí, señor” para todo lo que el Guru diga, aunque esto también sea lo que implique; obediencia es una sumisión del alma, el mismo espíritu del discípulo, a la magnitud del espíritu del Guru. Es un “sí” que dice el alma del discípulo, no la lengua. Al igual que los santos son parte de Dios, los discípulos son parte del Guru. Ésa es una forma en la que podemos entender cómo el discípulo debe mantener su relación con el Guru.

El otro día yo estaba mencionando cómo el gran maestro Shivananda demostró al mundo a su manera, sin ostentaciones, la vida divina que él personificó. En sus formas peculiares, él era una réplica de los antiguos maestros Upanishádicos como Marpa o Yajñavalkya, a los cuales hice referencia. La razón es que él era inescrutable en su conducta. No era un desarrollo lógico el que podíamos ver en su vida. No podíamos deducir algo de algo. A simple vista, su conducta era impredecible y, algunas veces, inentendible. Él era una profunda y absoluta encarnación del principio que dice que cuanto más nos entregamos, más también Dios entra en nosotros. También debemos entender el “entregarnos” en un sentido puramente espiritual. Risueñamente, la gente solía llamarlo Givananda, no Shivananda, (del inglés “to give”: dar).

Aún hoy, recuerdo un pequeño incidente que me impactó y, aun así, lo recuerdo entrañablemente como una marca de su grandeza. Aquellos eran días duros en los que el Ashram no tenía demasiada solidez financiera. Nadie en el Ashram veía el color de una fruta o tenía una. Entonces solían comprarse algunas frutas para Shri Gurudev — sólo para él. Era una persona bastante mayor y todos ansiaban que se lo cuidara. Todos los días se compraban algunas frutas y se las dejaba en la pequeña cocina en lo que hoy se llama Gurudev Kutir, a orillas de la Ganga. Un día, llegaron algunas visitas y se postraron ante él, y Swamiji quería ofrecerles una o dos frutas. Entonces, le preguntó al cocinero, “¿Tienes alguna frutas?”

“No, Swamiji. No hay frutas aquí”, respondió el cocinero, porque ¿de dónde podría sacar frutas a no ser las que se guardaban para el mismo Swamiji? Y eran muy pocas —tal vez una o dos manzanas, algunas naranjas. “No hay frutas, Swamiji”.

“Ve y fijate”, dijo Gurudev. “Puede que haya algunas”.

“No”, dijo. “No hay frutas”.

Los visitantes hicieron *namaskar* y se fueron, y después Swamiji le preguntó al cocinero, “¿No hay frutas?”

“No, Swamiji. No hay frutas.”

Gurudev fue directo a la cocina. No era una cocina grande, sólo un rincón en el mismo *kutir*, y allí encontró una pequeña canasta con frutas —algunas manzanas, algunas naranjas. “Aquí hay frutas. ¿Por qué dijiste que no había frutas? Yo quería darles algunas frutas.”

“No, Swamiji. Esas frutas son sólo para Swamiji.”

“Ya veo”. Tomó la canasta y se la arrojó a los monos. Tiró todo. ¿Qué dirían ustedes de esa conducta? Tiró la canasta entera. Uno no sabía si llorar, golpearse el pecho o tratar de entender.

Siempre he sentido que ninguna escritura, ni siquiera los Upanishads, pueden igualar la vida de los santos. Escuchamos esos incidentes fascinantes, conmovedores, estremecedores e inspiradores en el Maha Bhakta Vijaya, por ejemplo, que registra las vidas de muchos de los santos de Maharashtra y Karnataka, quienes parecían ser pequeños don nadie. Ekanath, Namdev, Purandaradas y Tukaram no eran los hijos de ricos aristócratas o millonarios. La pobreza era su única riqueza. No tenían más que pobreza, completa pobreza. Pero ellos pudieron manejar a Dios, y uno de ellos tuvo a Dios como sirviente. Fue Ekanath o Namdev quien en verdad fue servido por Bhagavan Shri Krishna en la forma de un pequeño niño sirviente llamado Shri Kandiya. Él mismo lavaba la ropa, barría el piso y limpiaba las ollas. La historia dice que cuando otro santo llegó a Pandharpur y tuvo ocasión de ofrecer sus reverencias, en una visión se le dijo que el Señor estaba en la casa de Namdev. Él corrió para tener el *darshan*, preguntándose cómo el Señor había dejado Pandharpur y había ido a la casa de un hombre pobre. Se dice que entonces el niño desapareció. Nadie supo dónde estaba. Él no quería ser detectado.

Ustedes no podrán entender cómo las aparentemente dolorosas penurias que los tempranos discípulos de grandes maestros pasaron, fueron también reconfortantes por naturaleza. Algunos de nosotros podemos recordar alguna información directa acerca del más reciente de los santos, Swami Shivananda. Tal estatura es difícil de encontrar y esa expansión que uno sólo puede ver en Cristo —la amplitud del corazón, la naturaleza de dar todo— sólo puede verse en tales maestros. Repentinamente, tendría

una idea para adoctrinar a sus estudiantes y la anunciaba. Sus anuncios eran siempre en el momento. No había intimación previa.

Había un joven de Calcuta llamado Arun Kumar. Él era un fabricante que trabajaba en la pequeña habitación que era el dispensario. Un día este joven fue tomado por sorpresa por Shri Gurudev. Durante la mañana, cerca de las 9:00 o más temprano, Gurudev de repente fue y le cerró la puerta con llave desde afuera, y se fue a su *kutir*. Nadie sabía qué pasaba. El joven no se había bañado, no había almorzado, pero a nadie le importaba. Era cerca del atardecer, pero no había señales de que Gurudev le abriera la puerta. No había comido nada y no podía entender lo que le estaba pasando. Estaba espiando a través de la ventana cuando yo pasé por ahí y me dijo lo que había sucedido. ¿Qué le podía decir? Nosotros no sabíamos nada. Estábamos sorprendidos. Él no tenía agua para lavarse, estaba angustiado, era la aflicción encarnada. Aun así, nadie sabía qué pasaba. Así pasó todo el día y la noche en completo pesar y llorando, “¿Qué es esto?”

Al día siguiente, Shri Gurudev vino con una naranja en la mano y abrió la puerta. “¿Qué estuviste pensando todo el día y toda la noche?” Ustedes pueden imaginar lo que estaba pensando. “¿Estuviste pensando en Dios durante todo el día y toda la noche?”

“Cualquier cosa menos eso”, dijo el joven.

“De todas formas, eres un buen chico. Has hecho un gran *tapas* y aquí tienes un presente para ti”. Le dio la naranja y se fue.

Ninguno de nosotros estaba exceptuado de tal clase de conducta dura de su parte, ni siquiera el mejor de los trabajadores y asociados del Ashram. Recuerdo que un día, por alguna razón, me dijo que fuera en reclusión a algún lugar cerca de Brahmपुरi y me quedara en una casita en el bosque que alguien quería ofrecer. Yo estaba muy ocupado en esos días con cierto trabajo. Él dijo, “Ve y quédate allí. Practica meditación.” Como mencioné, era repentino. Estos anuncios eran todos en el momento, sin ningún aviso previo. Él no diría, “me gustaría que mañana vayas allí”. Diría, “Ve ahora mismo”.

Yo dije, “Hay algún trabajo”.

Gurudev se molestó cuando dije que había trabajo. “¿Trabajo? ¿El trabajo de quién?” Dijo. “¿Y para qué es el trabajo? No hay trabajo.” Ésas son las palabras que pronunció. “No hay mundo ante ti, entonces ¿dónde está el trabajo?” Dijo eso y se fue. Nunca más se habló del tema. De cualquier forma, el programa no se concretó por alguna otra razón.

Él era un gran creyente en la escuela del sendero medio o la vía media. Reprobaría a la persona que estaba intensamente activa todo el día y también a la que no hacía nada. Ninguna de las dos podía escapar a la observación de Gurudev. Había gente haciendo *japa*, pasando las cuentas, que no participaba de ninguna actividad. Ellos leían el Shrimad Bhagavata Mahapurana, el Ramayana, y pasarían las cuentas. Él les señalaba, “Esa clase de *bhakti* no te llevará a ninguna parte. Trabaja duro. ¡Trabaja, trabaja!” Lo solía llamar el método Brindavan de devoción. “Este método Brindavan no funcionará”, decía. “No será adecuado”. Entonces imitaba la forma en que pasaban las cuentas y les decía que el movimiento oculto de sus manos debajo de cierta tela es mayor demostración de hipocresía que mostrarlo abiertamente, y así sucesivamente. Pero si una persona era muy trabajadora le decía, “Estás apegado al trabajo. Ese apego es muy malo. El apego al trabajo también es algo muy malo. Practica *japa*, estudia algo. Descansa un poco.” Pero si la persona hacía *japa* y no participaba del trabajo, le diría, “Eres un holgazán. Debes hacer karma yoga. Trabaja duro. Debes transpirar y trabajar.”

Eso significa que el sendero de Dios que los Santos siguieron fue el reconocimiento de Dios en el mundo, lo que quiere decir que ellos mezclaron la experiencia de la presencia trascendente con el mundo en el cual la personalidad humana está envuelta, cualquiera sea el porcentaje. Previamente les hablé de los primeros tiempos de la vida de este gran sabio, la cual fue, para el pensamiento de hoy, más un Purana o una épica, un cuento de “Las mil y una noches”, lejos de las condiciones en las cuales vivimos hoy. Esos eran días duros en muchos sentidos, no sólo desde el punto de vista de la dieta, la ropa y las comodidades de cualquier criatura, sino incluso en cuanto a satisfacciones intelectuales y emocionales. En los primeros días, Gurudev nunca permitía leer libros. Nadie leía nada. Sólo trabajaban y servían, y hacían lo que él quería que hicieran. Un día, un Swami fue secretamente a Kailash Ashram, pero Swamiji se enteró. “¿Adónde fuiste?” Preguntó Gurudev.

“Fui a Kailash Ashram”, dijo el Swami.

“¿Para qué?” Preguntó Gurudev.

“Asistí a la clase de Vivekachudamani”, respondió el Swami.

“Te van a crecer cuernos”, dijo Gurudev y se fue. Significaba que el orgullo aumentaría. “Comenzaste a leer Vivekachudamani. Un hombre muy erudito en verdad.”

De modo que Gurudev no permitiría leer, no porque fuera contrario a algún intento de purificación intelectual, sino que era cauteloso para evitar que estos pequeños

asumieran cierta posición en sus mentes y la eliminaba inmediatamente por algún otro medio.

Gurudev nunca daba discursos o conferencias, y a menudo la gente se quejaba de que él no instruía o enseñaba. “Swamiji, queremos instrucciones”. Él se molestaba cuando escuchaba esas quejas.

“¿Ustedes quieren instrucciones? Vean lo que yo hago. Ésa es mi instrucción.” Él consideraba la forma en que se conducía como una instrucción. No se sentaba y arengaba frente a audiencias. Pero tenía una rutina sistemática de estudiar escrituras —hacía que la gente las leyera en la *satsanga* que era conducida por varias horas todas las noches, hasta las 11:00 de la noche y a veces aún más tarde. Esta *satsanga* solía llevarse a cabo en la veranda de su *kutir* en verano y el Bhajan Hall en invierno. Comenzaba al atardecer. Todas las noches él subía por el sendero en zigzag porque no había camino o escalones como tenemos ahora. Era sólo una montaña con un sendero muy escabroso.

En aquellos días, yo tenía poca inclinación a conducir *satsangas* y Semanas de Sadhana, las cuales eran totalmente diferentes de las Semanas de Sadhana que se llevan a cabo ahora. Estuve a cargo de las *satsangas* durante años y años, desde el momento en que él insintió en que yo debía ocuparme de esa clase de trabajo, aunque también hice *akhanda kirtana* por un año continuamente. La *satsanga* en aquellos días también era diferente. Mi deber era extender la alfombra, poner los asientos, mantener la imagen de las diferentes deidades en los distintos días, encender una lámpara, tener el libro apropiado para la lectura de ese día en particular y comenzar la *satsanga*. Después de la recitación inicial de las plegarias y los mantras, y la lectura de una escritura — podía ser el Yoga Vasishtha o el Shrimad Bhagavata — había una política muy novedosa adoptada para asegurarse de que todos los sentados recitaran el Nombre de Dios. Mucha gente solía ausentarse debido al temor de cantar y algunas personas solían quejarse de que tenían un resfrío o de que estaban roncas y no podrían recitar el Nombre. Él decía, “Deja que la garganta ronca cante, no hay excepción”. Todos tenían que cantar. No era sólo una o dos personas cantando y los otros siguiendo, meramente escuchando. Todos tenían que recitar el Hare Rama mantra o lo que fuera.

Una característica muy peculiar de la mente humana es que aún si una persona está saludable y vociferante, y es capaz de gritar en otros momentos, cuando llega el momento de recitar el Nombre Divino, su garganta no funcionara. No sale ninguna voz. Está intentando encontrar una palabra y no sabe qué decir. Falla completamente en este predicamento particularmente duro, cualquiera sea su actividad o importancia

en otros momentos. Pero Gurudev solía eliminar esa inseguridad y turbación de la gente.

Todos nosotros desconocíamos el arte de hablar, especialmente en público. Temblábamos de pensar en ello. ¿Cómo podíamos hablar delante de tres personas? Pero Swami Shivananda era muy exigente. Él se ocuparía de que hablemos. Yo no estaba familiarizado en absoluto con la disertación. No podía decir ni siquiera una oración y él lo sabía, de modo que quería asegurarse de que ese problema mío fuera eliminado. Repentinamente diría, en medio de la *satsanga* y en presencia de toda la gente, “Ve y habla”.

“Yo no puedo hablar”, decía yo.

“Entonces di, ‘no puedo hablar’. ¿No puedes decir ni siquiera eso? Estás diciendo que no puedes hablar. Ve allí, siéntate en la plataforma y di que no puedes hablar.” De alguna forma nos sentábamos allí y decíamos algún disparate. “¡Maravilloso! ¡Maravilloso! Maravilloso discurso” decía y nos daba una banana como presente.

Él alentaba toda potencialidad en una persona. Ésa era su grandeza, ésa era su perspicacia y ésa era su gloria. Si venía un músico, se ocupaba de que se le diera la más libre expresión a la potencialidad de la música. Si venía una bailarina, alentaba a esa persona. Si venía un profesor, diría, “Profesor Sahib, hoy sólo tendremos su discurso, nadie más hablará”. Y el profesor daría una serie de discursos.

En verdad, la bondad del corazón de Gurudev era un testimonio de la grandeza de Dios. Con el paso de los días, él se volvió cada vez más atractivo para la gente que lo rodeaba. Su pequeña oficina era un *darbar*, como solía llamarlo la gente. En hindi, un *darbar* es una colosal asamblea real que se lleva a cabo. Los devotos solían cantar acerca de las glorias del *darbar* o la asamblea de Gurudev. Este *darbar* o esta asamblea de Gurudev, era considerada como un medio para llevar a la gente al otro lado del océano del *Samsara*.

La caridad era una expresión ilimitada de sí mismo. No había administraciones entonces. Él era todo. Aún entonces, había una persona llamada secretario que manejaba todo el Ashram con situaciones delicadas presionando desde todos lados, era difícil llegar a fin de mes. En aquellos días, la caridad de Gurudev aumentaba. Incluso le daría 75 rupias a un encantador de serpientes. Ese encantador de serpientes estaba asombrado. No sabía si estaba viendo bien o si se había enneguecido: ¡75 rupias! Nadie le daría 10 centavos de rupia, pero Gurudev le dio 75 rupias. La gente no podía entender esto.

El principio económico que sostenía Gurudev sería un fracaso para todos los economistas modernos. Él no tenía aritmética ni matemática. Una vez anunció sorprendentemente que no permitiría que quedara ningún remanente de finanza para mañana. Cada día tenía que ser sólo ese día, el mañana se cuidaría solo. Ésa no puede ser la palabra de un experto gerente o economista, pero era la palabra de un santo: No guardes para mañana. Nadie puede aceptar jamás esa filosofía de que no deberíamos guardar para mañana. Podemos aceptar todo y todo maestro puede ser respetado, pero no podemos aceptar esto porque nuestros corazones, nuestros espíritus, nuestras formas mortales se revelan debido a las necesidades que son así refutadas por una matemática de cálculos invertidos.

Comencé diciendo que los hombres divinos están inundados por el ser de Dios. El hecho de que no podamos aceptar esto de que tengamos que guardar un centavo para mañana y sintamos que guardar para mañana es absolutamente esencial — no meramente esencial, sino absolutamente esencial — mostrará hasta dónde somos capaces de enfrentar el fuego del Todopoderoso. Nadie tocará ese fuego. Swami Shivananda estaba advirtiendo a la gente de la posibilidad de hundirse en las complacencias y comodidades que llamamos necesidades, siendo que no hay tales necesidades.

No estoy relatando ninguna serie cronológica de incidentes, sino algunas ideas como vienen. “¿Vendrá alguien a Brahmaloka?” Fue su anuncio una noche después de la *satsanga*. “¿Alguien quiere venir a Brahmaloka?” Pareció que cuando se hizo el segundo anuncio se tocaba el tambor en el momento del ascenso de Shri Rama. La gente dice que eso sucedió también en el momento en que murió Krishna. El Brahmaloka al que se estaba refiriendo Gurudev, al cual invitó a todos, era su dirección en ese momento. Él quería llevarnos, pero nadie pudo entender.

Después de su Mahasamadhi, tuvieron lugar cambios y transformaciones milagrosas en toda la estructura del Ashram. Lo llamo milagroso porque cuando dejó este mundo, este Ashram estaba endeudado. Ustedes saben lo que significa una deuda — no puede haber nada peor que eso. En esa condición estaba el Ashram. Pero 16 días después de la partida de Shri Gurudev se llevó a cabo aquí una de las más grandes celebraciones, una de las mayores comidas ofrecidas en el ashram y una de las funciones más entusiastas, que debe habernos costado cualquier cantidad de dinero. ¿De dónde lo obtuvimos? Ustedes se sorprenderían. Gente que estaba acuciada por las espinas de la deuda no tuvo dificultad en conducir esta función maravillosa y hermosa en el 16° día y durante algunos días después de su partida. Fue algo así como el toque que las manos divinas de Shri Krishna dieron a la pobreza de Sudama, una historia que todos ustedes conocen bien. Invisiblemente, él nos bendijo. Y sabemos cuanta gente come

hoy en esta cocina; no podemos contarlos. Pueden ser visitantes, huéspedes y personas desconocidas.

¡Cómo se ha esparcido Gurudev en el mundo! No hay países donde el nombre de Swami Shivananda sea desconocido o en los que no se haya oído de él. Él nunca salió de India. Nunca fue a ningún lado, excepto una vez que recorrió diferentes partes del país. Vivía en una casucha más que una habitación; sin ventilación, sin ninguna facilidad; allí estaba. Era un edificio que ni siquiera pertenecía al Ashram; estuvo allí a lo largo de su vida. Nunca disfrutó de los hermosos edificios del Ashram.

Gurudev Shri Swami Shivanandaji se convirtió para todos nosotros en la encarnación de *tapasya*, penitencia. Vivió una vida pobre, vistiendo sólo una tira de tela salvo en invierno, pero está derramando sobre nosotros esta bendición que gozamos hoy. Que cada uno contemple de qué forma estamos disfrutando.